

El asesinato de don Quijote de la Mancha por el cobarde bachiller Sansón Carrasco

Manuel R. Montes

It was one of his guys, called Little Robert Ford
And he shot Jesse James on the sly.
Donald Christopher Barber

I

Aventuro aquí algunos inquietantes paralelismos entre *Don Quijote de la Mancha* (1615) y la cinta *The Assassination of Jesse James by the Coward Robert Ford* (2007), atendiendo a la fatídica relación de amistad que une al bachiller Sansón Carrasco y Alonso Quijano como un precedente de arquetipo narrativo que reproduce la *biopic* dirigida por el neozelandés Andrew Dominik, la cual ilustra ciertos episodios de la saga de Jesse James, el infame *outlaw* de Missouri, y la perfidia de Robert «Bob» Ford, su devoto admirador, eventual cómplice y asesino a sangre fría.

El origen y la proximidad geográfica de Carrasco y Quijano (ambos manchegos) y los de Bob y Jesse (que proceden de Little Dixie) comportan apenas una entre las muchas coincidencias que merecen interpretarse como claves de un palimpsesto fílmico-literario. «Soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha», declararían el bachiller, descrito por Cervantes como *atrevido, mal aconsejado, de muy buen entendimiento*. Charlie Ford, en la película, delinea el carácter de su hermano con estos epítetos: «He's smart too, he's about as intricate as they come».

Bob admira incondicionalmente a Jesse, tanto como Carrasco a Quijano, al punto de albergar, el pistolero y el bachiller, el contradictorio deseo de deshacerse de sus héroes aunque solo después de haberlos imitado y de abrazar sus peligrosas ocupaciones: Bob convirtiéndose, metódico, en un despiadado sicario y Sansón, bajo dos emblemáticos disfraces, en caballero andante.

Bob se ve continuamente impelido a demostrar su valentía, como muestra el diálogo que sostiene con Frank, el segundo al mando de la organización delictiva de los James: «I could show you how special I am [...] I've also the appetite for greater things». A lo que Frank replica: «You don't have the ingredients, son», desconcertándolo la grandilocuencia con la que Bob enuncia sus frases alambicadas: «The way you talk gives me the willies».

Carrasco ha experimentado las aventuras y hazañas de Quijano no más que vicariamente y por vía de la lectura. Bob, por su parte, colecciona numerosos cómics que inmortalizan las atrocidades y los atentados de Jesse. Y Carrasco, como Bob, posee una «condición maliciosa», es «amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo a don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas», alabando a Quijano («solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes»), y a la Primera Parte de la novela en la que, *myse en abisme*, el propio Carrasco es un personaje: «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran».

Bob atesora ejemplares de la mítica serie *Jesse James Stories* e incluso escribe sus propias crónicas, en las que su futura presa descuelga como rival invencible. Al igual que Carrasco, a quien fascina la creciente fama de Quijano, Bob le declara su fervor a Jesse: «Many days at night I'd stay up, my eyes open, my mouth open, reading about your escapades in the Wide-Awake Library», y confiesa: «You know what I got right next to my bed? Is *The Train Robbers, or A Story of the James Boys*, by R. W. Stevens».

Bob planea su estratagema de homicidio junto con un desertor del clan James, Dick Liddil, y con su hermano Charlie, auspiciados los tres por el gobernador de Missouri, Thomas T. Crittenden, y por el *sheriff* James Timberlake. A cambio del asesinato, Bob recibirá un perdón total por sus trapacerías y una recompensa de diez mil dólares en efectivo.

En la cima literaria de Cervantes, a Carrasco también lo asisten otros dos confabuladores que lo respaldaron a la caza de Quijano: el cura y el barbero. La fantasía que alimenta en Bob el ánimo de acabar con Jesse no dista, una vez avalada por el gobernador de Missouri, del móvil de Carrasco, *de la proeza por la que tiene apetito* (si parafraseamos la frase del bandolero). Carrasco pretexta su acecho a Quijano con miras a «curar» su demencia, tras «haber entrado en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar» para obligarlo «a que se estuviese

en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotaron sus mal buscadas aventuras». Thomas T. Crittenden, al conspirar con los Ford y Dick Liddil, en parecido tenor asevera: «I say Jesse James is a desperate man who needs a desperate remedy».

Carrasco emprende la tarea de capturar a Quijano y de privarlo de su célebre identidad como Don Quijote, quien por cierto se ha involucrado en algunos abusos y violaciones en su singladura. Carrasco aspira, enconadamente, a redimir a Quijano y a revertir la *locura* y la *sandez* «que mueve a que le tengamos lástima todos»; lástima que, manifiesta, «entre los que más se la han tenido he sido yo».

El desprecio de Carrasco hacia Quijano, y el de Bob hacia Jesse, se cifran en un fanatismo exacerbado que deviene imitación y que desemboca en una simbiosis casi absoluta. En la película, durante una cena, Charlie se burla de su hermano en presencia de Jesse, a quien le relata: «He was what? Eleven or twelve? You were by far, his most admired personage. He couldn't get enough. It was Jesse this and Jesse that. From sunrise to sunset». Luego, agravando a Bob: «Why don't you tell us how you and Jesse have so much in common?». Bob supera su timidez patológica y su molestia y alude a su parecido físico con Jesse, al mismo número de calzado, al mismo color de ojos, azul, a las mismas tallas de ropa y estatura y a las profesiones religiosas de los padres de ambos: pastores baptistas. Jesse sonríe («Ain't that something?») y rememora la tentativa de aquel *naïve scallawag* George Shepherd quien ambiciona sumarse a su pandilla arguyendo, también, similitudes intrascendentes como razones de peso para ser admitido. Jesse, intencionadamente, desenmascara la hipocresía de Bob y se pregunta cómo es que un impostor de la calaña de George Shepherd pretendió engañarlo: «How could I have known he had a grudge against me? How could I have known he was lying to get on my good side?».

Los capítulos XII al XV de la Segunda Parte del clásico de Cervantes narran el ataque de Carrasco, bajo el seudónimo y el atavío de un Caballero de los

Espejos, contra Quijano, quien contraproducentemente lo derrota y aún reconoce al término de la célebre contienda. «¿Quién podría decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren?», leemos en el pasaje, ya que Quijano se percata de que no a otro sino a su «amigo» es a quien ha vencido. Su estupefacción es palmaria. La debatirá con Sancho Panza: «Ven acá: ¿en qué consideración puede haber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, a pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿He dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza?».

Carrasco se había mantenido irreconocible bajo la imponente apariencia del Caballero de los Espejos, rogando a quienes encontraba en el camino que no le revelaran al hidalgo el artificio: «Suplicoos que no me descubráis, ni le digáis a don Quijote quién soy». Su categórico disfraz («una sobrevista o casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos») amerita un comentario, en tanto el uso de los espejos, por obvia correspondencia, implica un rasgo más con el cual Carrasco anhela mimetizarse y literalmente reflejar, al asaltarlo, a Quijano, del mismo modo en el que Bob enfatiza o considera de crucial simbolismo sus equivalencias con Jesse, quien como Quijano al encarar al Caballero de los Espejos, es decir a Carrasco, se ha visto a sí mismo duplicado hasta cierto punto en Bob, descubierto en la cena por Charlie.

El proceso de metamorfosis de Bob es explícito a lo largo de la sinuosa cinta, en la que la voz en off que complementa ciertas escenas puntualiza: «If Jesse palavered with another person, Bob secretaried their dialogue, getting each inflection, reading every gesture, and tic, as if he wanted to compose a biography of the outlaw or as if he were preparing an impersonation». Jesse, consciente de la meticulosa falsificación con la que Bob lo duplica y ambiciona hurtarle su aura de villano immortalizado, lo ataja: «I can't figure it out. Do you wanna be like me, or do

you wanna be me?». La respuesta de Bob («I'm just making fun, that's all») es un eco de los calificativos ya citados con los que Cervantes moldeara el temperamento de su bachiller, el ingenio de su *condición maliciosa* y su proclividad a *donaires* y *burlas*.

Los capítulos III y IV de la Segunda Parte de la inagotable novela cervantina refieren la intimidad hospitalaria con la que Quijano alberga como anfitrión a Carrasco, pidiéndole que «se quedase a hacer penitencia con él», a lo cual el falso Caballero de los Espejos accede. Tiene lugar un «envite» al transcurso del cual «tratóse en la mesa de caballerías», y en el que Carrasco «siguió el humor» a Quijano hasta que, finalizado un banquete al que se añadieron «un par de pichones», el adalid y su fanático «durmieron la siesta».

Bob y Charlie permanecerán asimismo varios días en un *cottage* de Jesse donde temporalmente se ocultará según las cautelas y las precauciones que dicta el nomadismo del hampa, la *wandering existence* de los hombres buscados por la ley quienes, aclara la voz en off, «can't afford to remain in one place for very long». La coexistencia de los Ford con Jesse, amigable, frisa la hostilidad y preocupa no poco a la esposa del enemigo número uno de América, Zeldra Mimms, quien propicia las comodidades de los invitados aunque trata de mantener al margen a sus hijos Jesse and Marym. Detalla la voz en off:

Jesse was increasingly *cavalier* [itálicas mías], merry, moody, fey, unpredictable [...] he camouflaged his depressions and derangements with masquerades of extreme cordiality, courtesy, and good will towards others [...] Jesse would look at Bob with melancholy eyes as if the two were mashed in an intimate communication [...] Bob was certain that the man had unriddled him.

La delicada y compleja cercanía concluirá con el predecible y al mismo tiempo inverosímil asesinato. En una gran escena en la que confluyen quietud, sobrie-

dad y tensión psicológica, Jesse, solemne y sumiso, perecerá debido al disparo a quemarropa con el que Bob lo ultima, apuntándole con el mismo revólver que Jesse le regalara un *April Fools' Day* o Día de los Inocentes.

El criminal más buscado por la policía de Missouri, epítome de la crueldad y el valor exaltados en los *Western comics* o libros de caballería norteamericana, se desabrocha el cinturón y se desarma. Bob observa con aprehensivo escepticismo cuando le da la espalda, sube a una silla para fingir que ajusta el marco de un óleo — «Don't that picture looks dusty?» — en el que un purasangre inmóvil pasta dentro de un cobertizo, tal vez al descampado. Seco, inaudible casi, el trueno del balazo reverbera en la sala de la que Charlie sale con sigilo, la malevolencia desfigurando al fin el rictus de afabilidad mantenido durante las previas adulaciones al hombre que ahora se desploa, exánime.

Jesse Woodson James ha muerto a los 34 años.

El resto del trabajo filmográfico de Dominik (otra *myse en abyme*) se ocupa de la gira de los Ford por Estados Unidos en la que recrean, en teatros llenos, el atentado letal. Bob hace de sí mismo y Charlie de Jesse. La producción y las actuaciones de los hermanos desbordan mediocridad. La obra, en un acto, cierra en el momento en el que Bob posa en el proscenio y presuntuosamente desenvaina el revólver legendario ante la expectante audiencia: «And that's how I killed Jesse James».

En una de las desangeladas funciones, un enfurecido asistente grita, desde una localidad en penumbra: «Murder! Coward!». Bob se abalanza sobre los asientos de la primera fila y amenaza, colérico: «Do you wanna investigate my courage? Find out».

La voz en *off* recapitula:

By his own approximation, Bob assassinated Jesse James over 800 times [...] he suspected no one in history had ever so often, or, so publicly, recapitulated an act of betrayal [...] he imagined that they were

grateful to him [...] he was ashamed, of his boasting, his pretensions of courage and ruthless.

Pese a creer que se le concedería el honor de la gratitud («You know what I expected? Applause»), Bob se arrepiente de su traición y es, explica el narrador omnisciente, «largely discredited by rumors and scornful gossip, due to his making himself a name that inspired disrespect and disdain rather than admiration».

Robert «Bob» Ford es liquidado a los treinta años por el ex convicto Edward O'Kelly, quien le descarga un escopetazo en el salón en el que periódicamente recogía las cartas de odio que se le dirigían desde distintas ciudades y en las que se le reprochaba la bajeza de traicionar al forajido a quien idolatraban innumerables lectores devotos de la épica de pillaje y terrorismo de los James.

II

La serenidad escalofriante del actor Cassey Affleck (1975) en el papel de Robert «Bob» Ford catalizó imprevistamente mi escrutinio de la psique desalmada y ruin del bachiller Sansón Carrasco.

Algunas otras correlaciones entre ambos personajes remiten a los capítulos LXIV y LXXIV de la Segunda Parte del *Quijote*, en los que discernimos, quizá de una manera más contundente, la perversidad sutil de Carrasco a la luz de su semejanza con el ominoso Bob, quien paga su hipocresía con la vida, no así el apócrifo Caballero de los Espejos, a quien su autor exonera de una culpa magistralmente velada y eximida de castigo.

El capítulo LXIV, «Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido», narra el segundo ataque con el que Carrasco abate a Quijano, quien «vio venir a un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente». Carrasco, anteriormente derrotado y reconocido por Quijano en la primera batalla, de-

serta de su alias y de su atuendo previos y los reformula, vengativo, retando a Quijano como Caballero de la Blanca Luna, comprometiendo de inmediato la retribución por la que contendrán: «y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que, dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año». La disputa es atestiguada, entre otros, por el virrey, aunque nadie sabe quién es en verdad el oponente que trama el desafío ni si era esta «de burlas ni de veras». Carrasco reclama, tras derribar a Quijano y satisfacer su desagravio: «Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío». Quijano, con patética renuencia, le implora sin transigir: «Aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra».

Tras la debacle, Quijano desanda con su confidente Sancho Panza el retorno a la villa (es decir, a la realidad) en la que posteriormente le ordenará: «cuélguese mis armas por trofeo».

En el capítulo LXXIV, «De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte», Cervantes distrae nuestro interés en Carrasco en tanto nos aflige la tristeza de ver morir a Quijano, su vida tardíamente tumultuosa llegando «a su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba», postrado irreparablemente, quizá, por «la melancolía que le causaba el verse vencido», quizá «por la disposición del cielo, que así lo ordenaba». Nuestra consternación como lectores, de la que difícilmente pudiéramos deslindarnos, obra como un poderoso y eficaz distractor que vela la insidia de Carrasco, justo al delinearse los últimos acabados a su perfil de psicópata, ya que Quijano, postrado en su cama, «fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero [...] creyendo [todos ellos] que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea» eran los causantes de la irreversible decaimiento. ¿Pero cómo es que Carrasco *cree* que son esas las razones por las que su vecino languidece? ¿Cómo es que Cervantes no nota que su bachiller *sabe*, como los otros dos «amigos»,

el porqué de tal agonía? Es en verdad extraordinario cómo, casi por sí misma, sin intervención de Cervantes, la vileza de Carrasco se hace patente, murmurándole a su víctima «que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio», y para lo cual adquiriera ya «dos famosos perros».

Son estas las irrealizables promesas que Quijano escucha justo antes de dormir «de un tirón, como dicen, más de seis horas», para despertar «al cabo del tiempo dicho» aliviado de alucinaciones de ser un caballero andante y de dar continuidad a sus empresas pendientes, proteger princesas indefensas y arremeter contra monstruos y hechiceros y consagrarse al ejercicio de las armas en honor a su Dulcinea utópica.

Alonso Quijano deja repentina e impersonalmente de ser, para siempre, Don Quijote.

«¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho!», exclama Quijano «El Bueno». «Yo tengo juicio ya libre». A continuación, le pide a su sobrina que le procure las condiciones para proceder a la confesión y redactar su testamento, exigiendo para ello la presencia de sus «amigos», entre los que se debe convidar, por supuesto, a Carrasco. Y es justo aquí cuando éste corrobora que su veneno histriónico, sus camuflajes han sido exitosamente mortíferos, propiciando el sarcasmo de gracia con el que lapida el portentoso imaginario del cincuentón ya cuerdo: «—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? [...] Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos».

Luego de oír tal exhortación, Quijano repone, sin caer en la trampa del oscuro bromista: «déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento [...] que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma», siendo el propio victimario quien «fue por el escribano y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza».

Cervantes no profundiza en la baja de Carrasco sino que nos infunde una suerte de misericordia por

Sancho Panza, por la conmovedora zozobra y el desconsuelo que transmiten estas líneas indelebiles: «Si es que muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa [...] cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana». La conmiseración de Sancho Panza imposibilita que percibamos con suficiente nitidez el estoque del Carrasco, el regodeo irónico que lo divierte ante la tristeza del que fuera el escudero del desahuciado: «— Así es [...] y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos».

«El Bueno», en su testamento, consigna que sus albaceas deben ser el cura y el bachiller, «que están presentes». La infamia merece un incentivo y, como Bob al cobrar los diez mil dólares que Thomas T. Crittenden le salda, el cobarde Sansón Carrasco es retribuido nada menos que por el propio Alonso Quijano por haber asesinado, en él, a Don Quijote, testándole sus muebles y todos los volúmenes de la envidada librería privada que lo enloqueció.

Cerró con esto el testamento, y, tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama [...] En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de

caballerías. Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

Carrasco, como última broma y mordaz homenaje, redondeará los epitafios de Los de Argamasilla, acuñando el suyo propio tras atestiguar el *rigor mortis* de su presa, del héroe purificado de *locura* y de *sandez* al que adjetiva de «fuerte, valiente», aunque no se prive de insultar: «espantajo», «coco del mundo». Entre líneas, sería plausible percibir el nervioso timbre de Bob, mascullando la ya transcrita excusa con la que justificara sus argucias: «I'm just making fun, that's all».

Fuentes

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, 2004. Andrew Dominik, *The Assassination of Jesse James by the Coward Robert Ford*, 2007, Warner Bros.